

Angel Arcos

DORA

Título: Dora

Autor-editor: Jose Angel Arcos Alonso

Portada y maquetación: el autor

Depósito Legal: BI-790/2011

ISBN: 978-84-614-8054-8

adoraciongrijalba@gmail.com

A la mujer –desconocida– que el Año Nuevo de 2002 dio origen a esta historia.

I

Aquella mañana, como todos los años, Alberico salió de casa con las primeras luces, dispuesto a disfrutar un Año Nuevo más de aquel paseo mañanero por los rincones favoritos de la ciudad. Había nevado la noche anterior, y copiosamente, cubriendo calles y paseos con mansedumbre, dejando sobre el suelo una colcha mullida que crujía al andar. Alzóse hasta la barbilla el cuello de la zamarra y abotonó las puntas. El aire helado que soplabá del norte por las calles desiertas congelaba el aliento sobre su bigote, con una gota de moco caprichosa colgándole de la punta de la nariz. De lo alto de los árboles de la Quinta caían desmoronándose los copetes de nieve mientras en el reloj centenario del Ayuntamiento sonaban profundas y vibrantes las ocho horas del año que acababa de nacer. Las campanas de dos o tres iglesias respondieron a la llamada convocando al oficio divino. Al igual que otros años, Alberico sintió ganas de dar gracias a Dios por sentirse vivo; y parte, de aquella belleza de puentes, paseos, iglesias, plazas y plazuelas, envueltos hoy en la nieve, manto misterioso que transfigura lo creado.

Atravesó el puente del Cid, deteniéndose a media altura para contemplar a uno y otro lado la perspectiva de la ciudad. En el momento en que la catedral se enmarcó sobre el paisaje de altos álamos del Espolón, una de sus manos se adelantó garabateando en el aire un benedícite.

Con una inclinación de cabeza dejó a un lado la estatua del Cid, y bordeando el Teatro Principal, giró a la izquierda para enfilear el paseo del Espolón. Escasos transeúntes, después de una noche de celebraciones, ocupaban las calles, algún madrugador o los últimos borrachos. Al entrar en el paseo se detuvo y cerró los ojos; para abrirlos y descubrir la perspectiva nevada. El blanco resplandor le hirió en las pupilas impidiéndole ver de dónde –tal vez, del Casino– había surgido la figura de una mujer.

Advirtió que encaminaba sus pasos hacia el otro extremo del paseo –en su misma dirección–, por lo que decidió seguirla, intrigado por aquella aparición tan sorprendente. Observó cómo arrastraba los altos tacones que dejaban sobre la nieve una huella en zigzag. La armonía y belleza de sus formas cautivaron su mirada y, al igual que en ocasiones semejantes, retrasó el paso para deleitarse en contemplarlas.

Llevaba puestas medias negras de seda de costura, vestido entallado de falda muy corta, y estola de piel que, en los hombros, dejaba al descubierto el arranque de los brazos. Un peinado de fiesta, con un recogido en copete, completaba la figura de una mujer que con dificultad gobernaba la trayectoria de sus pasos.

Alberico, temeroso de que se volviese para mirarlo al sentirse observada, aceleró la marcha para sobrepasarla dejándola atrás. No lo hizo, sin embargo, antes de contemplar con el rabillo del ojo la expresión de su rostro. Al hacerlo, las miradas se encontraron, y una mueca de inquietud –como si temiese la presencia de alguien– se dibujó en su semblante, transformándose, al punto, en una sonrisa que quiso ser cortés. Los ojos enrojecidos expresaban desvalimiento y zozobra.

–Disculpe, ¿podría apoyarme en su brazo hasta llegar a mi casa? Es aquélla, y no me siento bien.

–¡Cómo no, señorita, aquí tiene; hágalo sin cuidado!

–He bebido un poco de más de champán, y la cabeza me da vueltas.

–No se preocupe. Estas cosas pasan a las personas más sobrias. La pondré a salvo en su casa.

–Muchas gracias. Es usted una persona... glup... bellísima –concluyó, arrastrando las últimas palabras.

Estaba bebida. Alberico la tomo por el brazo, y emprendieron la marcha. Nunca se había visto en una situación semejante: la aparición de una mujer y la manera en que, casi sin enterarse, se había colgado de su brazo. Caminaban con dificultad por los trapiés que ella daba al resbalar sobre la nieve. No acertaba a conducirla. Quería sujetarla, pero con elegancia, como si ambos marchasen brazo sobre brazo en un paso de baile. La proximidad de su cuerpo le turbaba; y más, cuando ella, aferrándose a él para no caerse, entornaba los ojos para mirarlo agradecida. Un silencio denso y respetuoso se había instalado entre los dos.

–¡Buena mañanita tenemos! –acertó a decir Alberico, arrepiniéndose al punto, por la ambigüedad de las palabras.

–Sí, buena, y preciosa; hacía tiempo que no nos nevaba de esta manera.

–¡Ni que lo diga! Hoy Dios ha extendido ante nuestros ojos su manto de armiño.

Ella se le quedó mirando.

–Como ve, yo también puedo llevar una copita de más, ¡ah, la poesía!

–Bebida, bebida, tal vez yo no lo esté; pero eso del armiño me ha gustado. ¿No tiene más cosas?

–No, señorita, no. Tiempos malos para los poetas. ¿Dónde queda su casa?

–Allí, después de la Audiencia.

Habían dejado atrás el Arco de Santa María, y la nieve que caía a grandes copos sumía el paisaje en una niebla densa y opaca. Alberico no tenía prisa. Hubiera deseado, por el contrario, que aquel instante se prolongase sin límite, o que aquella nube de algodón que les envolvía por todas partes les arrebatara para situarlos fuera del tiempo. Era tan profundo el placer que sentía arrastrando el cuerpo de aquella mujer que, ante la eventualidad de llegar a su casa y despedirse, el corazón se le aceleraba temiendo no volver a verla más.

–Me gusta usted –oyó que decía ella con la cabeza baja, y apenas musitando. Añadió–: Parece distinto a los otros. Eso: un poeta, y también una... bellísima persona. ¿Se lo he dicho antes?

–Pues sí, señorita, sólo que al revés. Pero es un placer oírlo de sus labios.

Alberico se ruborizó. Ella levantó la mirada y buscó sus ojos para expresarle con severidad:

–Pero quiero que sepa, también, que ésta no soy yo.

–Me hago cargo. Disculpe, ¿dónde decía que quedaba su casa?

–Allí enfrente, la de los miradores blancos. Subirá a tomarse un café...

–Perdóneme, pero no entraba dentro de mis supuestos.

–Entonces, acompáñeme un poco más allá. El aire frío me está despejando.

–¡Se helará, señorita, va usted medio desnuda!

Ella le miró con una expresión extraña:

–Si le dijera... que me importa un pimiento.

Alberico contempló por primera vez el rostro de Dora. Se trataba de una mujer de estatura media, pero esbelta, de hombros estrechos y factura de cuerpo delicada. Los ojos eran negros y profundos, despiertos, de un mirar inquisitivo y expresión severa, pero suavizada por unos

rasgos finos y redondeados que, en la boca, adquirirían la forma de unos labios sensuales de perfil clásico. En ese instante ella le sonreía con una expresión acariciadora, pero triste, con notas de inquietud o desconcierto, veladas por una ironía sutil.

–Y bien, usted dirá hasta dónde llegamos si le supone un placer pasear bajo la nieve. Pero me temo que la echarán en falta en casa, y no quisiera ser la causa de esa pulmonía que parece empeñada en agarrarse.

Dora lo retuvo por el brazo:

–Por cierto, ¿cómo se llama?

–Alberico.

–¡Qué nombre más feo!

–Ya ve, me vino entero puesto. Y, ¿usted?

–Dora, Adoración. Como verá, no se queda muy allá.

–No, no, es un nombre hermoso. Casi bíblico, por su sencillez.

Dora, Isadora, con resonancias poéticas.

–Quisiera enseñarle un banco del parque que tiene un gran significado para mí. Luego, le dejaré suelto. ¿Puedo confesarle una cosa?

–Usted dirá...

–Me parece estar viviendo un ensueño. ¿Cree usted que será efecto del champán?

–Podiera ser. Pero sigamos hasta ese sitio que tanto le interesa.

–Veo que no quiere entenderme. ¿Sería mucho pedirle que me considerase una amiga?

–Y en mí podrá ver un amigo. Pero no quisiera que dijese alguna cosa que luego le pesara. Me echaría a mí mismo la culpa.

–Entonces piensa que estoy bebida. Muchas gracias.

–No es eso, entiéndame, Dora, sino que... –quiso explicarlo con un garabato de la mano–. Sigamos hasta ese banco.

Dora lo retuvo de nuevo por el brazo. Le miró a los ojos.

–¿Le importaría darme un beso? Quisiera vivirlo como una película.

–Bueno, bueno, no quisiera ofenderla.

–Un beso, bajo los copos de nieve...

–Lo haré, pero conste que yo no he querido inducirla a ello.

–Tonto, si lo estoy esperando.

Alberico tomó el rostro de Dora entre las manos y al acercarse a su boca se preguntó si aquella mujer no podría significar algo distinto en su vida. Pero no dio importancia al beso: “Con las mujeres, ya se sabe.”

–Un beso de verdad.

Alberico repitió el beso; y advirtió, en el momento de rozar sus labios, que el cuerpo se estremecía, y los brazos de ella se cerraban con detenimiento y delectación sobre su espalda.

–Muchas gracias –añadió–. Besa usted como un ángel.

Una lágrima furtiva se apuntó en sus ojos. Se vio en la necesidad de añadir:

–Tal vez, piense que ando falta de vergüenza, y que esto es ridículo. Pero mi beso ha sido verdadero. ¿Por qué no consentirse alguna fantasía?, ¿dónde está la verdad?

–Nada, mujer, ha sido un placer. Nunca imaginé que se pudiera sequestrar tan impunemente a un hombre.

Rieron. Y, acomodándose Dora la estola para que le cubriese el cuello, a modo de bufanda, se colgó de su brazo, y en una complicidad que Alberico quiso poética, marcharon por el paseo de la Isla al encuentro del banco que Dora tanta curiosidad tenía en enseñarle. Una vez allí, retiraron la nieve y se sentaron.

Alberico tuvo una sensación extraña. Estaba atribuyendo una vez más a lo que él entendía debilidad de carácter: condescender, en particular, con las mujeres. No se gustó a sí mismo. Pero había que sacar

adelante el papel que aquella mujer, que tenía a su vera mirándolo con asombro, ternura y ansiedad, le había adjudicado en una historia que contarse.

—Mi sueño ha sido el teatro —comenzó ella, con la mirada perdida en un punto imaginario—. Y te dirás... esto de hoy: una escena que montarse de cuando en cuando... Sí, soy mala actriz; y atrevida, supongo. Además, aprovecho el alcohol para buscarme los actores... En fin... ¿En qué trabajas? ¿Qué haces en la vida? No me mires con esos ojos de conmiseración; te pegan fatal.

Alberico se preguntaba cómo arropar el cuerpo de aquella mujer, que se estremecía de poco en poco, sin tocarla. Su papel hasta el momento había sido el correcto: mostrarse deferente con los caprichos de una mujer que, no obstante, y a pesar de las reservas que mantenía como hombre escaldado por la vida, había llegado a sorprenderlo. Pero no quería complicaciones, ni entrar en amoríos; y menos, dejarse tentar por el amor.

Había cesado de nevar. Fleclos rezagados caían mansos sobre sus hombros. Una brisa helada, pero suave y acariciadora, tintaba las mejillas de Dora de un pálido carmesí. Alberico se quedó mirando su cuello: esbelto, firme; con una curvatura que le recordaba el busto de Nefertiti que, años atrás, había contemplado en Berlín. Sintió deseos de besarlo. Pero no lo hizo. Habría significado atribuir al amor, o traspasar los límites de lo que él se había impuesto como comportamiento elegante. Se quitó la zamarra y la puso, sin más, sobre sus hombros.

—La verdad es que estaba aterida de frío. Pero, cuenta, no te quedes ahí como apamplado.

—¿Y qué quieres que te diga, Dora? Soy pintor comercial: hago ciervos, paisajes, desnudos de mujer, retratos, encargos al detall... Todo, menos que un día me amortajen en el Museo del Prado.

Dora rompió a reír y, entre toses, cogió la mano de Alberico para estrecharla entre las suyas. “¡Qué original!” Dudó si besársela.

–¿Y, tú?

–Ya ves. Hago papeles, también, de madre de familia, ama de casa, esposa ejemplar... Mis labores: cocinar, limpiar; parir hijos, y cuidar de que al esposo que Dios me dio no le falte de nada. La verdad, estoy contentísima.

Dora se echó a llorar, llevándose las palmas de las manos a los ojos. Alberico, confundido, no sabía cómo proceder. Se hizo un barullo con las suyas y no acertó a retirarle las manos del rostro, o darle unas palmadas de aliento sobre la espalda. Resuelto, al fin, con la delicadeza que un director de orquesta sostiene en el aire unas notas, le retiró las manos de los ojos. Dora contuvo las lágrimas. Por un instante pareció serenarse. Hizo una mueca de desdén hacia sí misma, y retomó la conversación.

–Estarás casado, supongo.

–Casado y recasado: una hija que un día se fue de casa para no volver más; una mujer que ahora me odia; y otra que, en estos momentos, estará bajando como loca por las laderas del Naranjo de Bulnes, si han conseguido adosarle pistas de ski. Gracioso. Pero, dime, ¿qué pintamos los dos aquí?, ¿tú ahí, además, congelándote?

–Este rincón que ves es algo más que mi casa. Aquí vengo a leer, a pensar, a descargarme de mis rabias; a pedir la iluminación del Cielo, y también a declamar mis papeles favoritos. Aquí he venido a llorar a mi hermana, a mis padres, a los amores que se fueron. Aquí me traje a mis novios, y hasta pequé una vez, ya podrás perdonarme.

–En verdad, es un rincón precioso. Pero debiéramos volver a tu casa. Temo por ti. Esto acabará en una pulmonía, y no quisiera que te quedase un recuerdo de mí tan poco... saludable, digamos.

Ella mudó bruscamente de semblante:

—Romántico... Ésa es la palabra que buscabas —y, después de una breve vacilación, añadió—: Bien, vayamos para casa. Es lo que pedí de ti, y allí tendré que despedirte. Todo tiene su fin, su moraleja y su gracia; que dice mi suegro.

Alberico estaba aturdido. Un temblor, que conocía de antaño, atravesó su cuerpo de arriba abajo para instalarse en la conciencia. ¿No sabía, acaso, lo que podría provocar por no cortar las cosas a tiempo? Miró a Dora con ira y desprecio por el lapso de un segundo. Pensó que había caído en una trampa más y no sabía cómo sacar la cabeza en alto. Además, ¿quién le había mandado a él entrometerse en la intimidad de una mujer que tendría sus problemas? Se sintió triste, apesadumbrado, confuso; pero también satisfecho de sí mismo porque había actuado con caballerosidad.

Vio que Dora se levantaba y le daba la espalda para marchar hacia su casa. La imagen del encuentro en la entrada del Espolón hizo vibrar en él la fibra del corazón donde habita la bondad. Ella se volvió para mirarlo. En sus ojos podía leerse decepción y tristeza, en medio de una expresión dulce. Un esbozo de sonrisa iluminó su rostro barriendo con las sombras de antes.

Alberico le ofreció el brazo y buscó su mano. Estaba fría como el hielo. Advirtió que le había sido entregada con abandono; indiferencia, tal vez. La acercó a los labios y la besó. Creyó un deber añadir:

—Me encantaría volver a verte, Dora. Has aparecido en mi vida como una alucinación, y esto presagia una hermosa amistad. Además, te veo una mujer distinta, singular, enigmática... y me tienta adentrarme por los vericuetos de esa personalidad. Me estoy poniendo tonto. Hablo como un libro. No quisiera que pasases por delante de mis ojos como una exhalación de verano —y añadió, en un tono firme que pareció disgustarle—: Si estás dispuesta a una amistad respetuosa con los sentimientos del otro, aquí tienes mi mano.

Dora no tomó su mano, sino que, elevando los brazos para atraerlo hacia sí, le besó en los labios con delicadeza extrema, como se besa a un beso. Añadió:

–No quiero contarte las cosas bonitas que he visto en ti –los hombres sois vanidosos–, pero sí decirte que no estaba dispuesta a que pasases de largo. Se lo he pedido al Cielo cien veces –y en un arrebato–: Me encanta cómo hablas, cómo te expresas, ¡cómo andas!, presumido. ¡Asqueroso! Estas cosas no se las he dicho nunca a nadie –y le dio un manotazo cariñoso sobre el brazo–. Un beso.

Alberico no estaba dispuesto a participar de aquella emoción. Sin embargo, le conmovió la manera en que aquella desconocida le expresaba un sentimiento tan apasionado, como irreal; a sus ojos. “Asunto de circunstancias” –se dijo–. Vio que Dora le miraba expectante. La besó. Y para restarlo trascendencia, en el momento de retirar los labios de su rostro, comentó para sus adentros divertido: “¡Buena carrerita llevamos!” Se avergonzó. Dora le miraba con ternura, había captado al aire sus reservas. Puntualizó:

–Soy muy besucona, te lo advierto.

Unos segundos después estaban en la puerta de su casa. Había que despedirse:

–Adiós.

–Adiós.

Volvieron a las formas: se dieron amigablemente la mano.

Dora compuso su figura para entrar en la casa. De pronto, advirtió:

–¡Si no hemos quedado! ¡Dios mío, los nervios!

Corrió tras él, trastabillando con los zapatos:

–¿Cuándo podré verte? Casi me muero del susto.

Alberico dudó:

—Dentro de un par de días. En el estudio que tengo en la casa de mi madre, en las faldas del Castillo. Estoy de paso por la ciudad, te contaré. Éste es el teléfono.

—¡Te llamaré, adiós!

Dora buscó la llave de la puerta. “¿Y el bolso?, ¡Dios mío, el bolso!” Lo había olvidado en el cotillón. A punto estuvo de lanzarse en su búsqueda. Pero recordó, de pronto, que tenía marido y él lo habría recogido antes de partir. Este pensamiento no la tranquilizó; al contrario, la sumió en una ansiedad próxima al desmayo. Algo la impulsaba a salir corriendo sin entender la razón. Repasó sus ropas antes de llamar al timbre. Al verse, vaciló. Se sentía extraña, como observada por cientos de ojos. Pulsó el botón. Preferible que él no se encontrase en casa. Contestaron: era su mano. Dora subió la escalera y penetró en la vivienda. Alejandro la estaba esperando.

II

—¡Dónde te has metido! Buscándote por media ciudad, y tú, te marchas sin avisar, y apareces en casa dos horas más tarde! ¿Es presentable esto? ¡Y las escenas que he tenido que contemplar esta noche! Coqueteando con todo el mundo: con Pepe, que sabes me pudre ver cómo te mira; con Antón, con Hernández; y no contenta, coges a Quique y te lo llevas a un rincón para intimar con ese intelectual de pacotilla, consintiendo, incluso —lo he visto con mis ojos—, retirarte un mechón de pelo de la frente, ¿o crees que no lo he visto? ¡Y yo, la noche entera pendiente de ti, sin saber qué hacer, dónde ir, ni cómo escapar de aquella pesadilla...!

—¡Alejandro, no te excites, por favor, que vas a despertar a las niñas!

–¡En qué lugar me has dejado! Ni tres palabras has cruzado conmigo; y yo, disimulando, pidiendo al cielo que acabase aquella farsa de una vez y me sacase de allí, porque mi mujer –mi prudente, gentil y sofisticada mujer– se estaba comportando como una cualquiera. ¡Cómo he quedado delante de mis amigos!

–¡No es culpa mía si tengo por marido un hombre aburrido y le vuelven loco los celos! ¡Imaginaciones tuyas, esa mente calenturienta! En vez de participar, te apartas con el soseros de tu amigo del alma, y allí, los dos, a despellejar a la gente. ¡Eso es de mentes perversas!

–¡Dora, Dora, no vayamos por ese lado!

–¡Cuando quieras, y pondremos los puntos sobre las íes!

Alejandro vaciló. Por ese camino no habría salida.

–Bien, lo olvidaré. Pero te suplicaría que me atendieses un poco más, y si no soy hombre de conversación, no la busques, sin más, en los otros –apenas has cruzado cuatro palabras con tus amigas–. Y esto, Dora, Dora, duele en el alma de un marido por muy tolerante que quiera mostrarse.

–Pues yo me sentiría orgullosa de un hombre que encandilase con su conversación. Y el gesto de Quique –¿qué quieres?– me ha gustado. Sabes que me encantan las caricias cuando son espontáneas, y él no me ha rozado ni la piel. Tendrías mucho que aprender. Y si no tienes fe en lo que yo haga, tal vez esté por demás seguir con esta historia.

–Está bien, perdóname. Quizás tengas razón, algunos no acertemos a comportarnos... Tal vez sean dificultades de carácter, nervios; costumbres que no comulgan con lo que se lleva hoy en día. Lamento que me veas como un pobre hombre.

Dora, si algo no soportaba del marido, era la costumbre de humillarse, por lo que creyó oportuno pensar en otra cosa.

–Quisiera acostarme. ¿Ruth, sigue durmiendo? ¿Han bajado tus padres a Noemí?

–Compruébalo por ti misma –replicó Alejandro con acritud, tirándose sobre el sofá.

–Muchas gracias, guapo.

Dora pasó del salón a las habitaciones de las hijas, y al ver que Ruth dormía hecha un ovillo sobre las sábanas, y que la cama de Noemí estaba intacta, se dirigió a su habitación para descabezar un sueño. Sintió necesidad, también, de pasar por la habitación de Lía, la hija mayor, aunque era de prever que se encontrase en cualquier sitio menos allí. Vivía a su aire, y tan acostumbrados les tenía a sus ausencias que verla por casa era de celebrar. Dora quiso en aquellos instantes tener cerca a las tres. Desconocía la razón. Tal vez por un sentimiento de nostalgia, y otro más poderoso de culpa. Se le nublaron los ojos. Entró en la habitación, se desnudó, contempló por un instante los retratos de su hermana y de sus padres, y en medio de una sensación dulce, tranquilizadora, y vagamente patética de encontrarse sola en el mundo –y que tantas veces se le había representado–, se durmió. Antes, había retirado de la cama las ropas que olían a tabaco y alcohol, vapores que se fueron disolviendo en la imagen de un hombre que corría como una centella huyendo bajo la nieve.

Alejandro, apenas había entornado los ojos para dormir sobre el diván del salón, cuando oyó una mano enérgica que accionaba la cerradura de la puerta.

–Buenos días, Jandrillo. Veo que te han echado hoy de la cama, ¡no me extraña! Feliz año, hijo, y a ver cómo nos pinta, porque mala cara le veo.

Doña Lute depositó un beso sobre la frente del hijo.

–Feliz año, madre –replicó Alejandro, incorporándose sobre el sofá.

La madre fue derecha al asunto que la había sacado de su casa, en el piso de arriba.

– (Con los brazos en jarras) ¿Y tu mujercita, qué? ¡De lolos, también! ¿O te ha tocado en suertes dejar a otro la cama?

–Madre, por Dios. Dora acaba de acostarse, y no quisiera que despertases a Ruth.

–Pues ven a la salita, porque necesito explicarte.

Alejandro siguió a la madre con docilidad. Una vez dentro, cerró la puerta por detrás, y se llevó a la señora al otro extremo de la habitación. La invitó a sentarse sobre una silla y, juntando los puños de las manos sobre la boca, emprendió el paseo desde el biombo hasta el chifonier, esperando a que la madre iniciara la perorata de costumbre.

–Qué, ¿no tienes novedades que contarme? –comenzó con sarcasmo–. ¿Dónde ha estado tu mujercita y en brazos de quién ha vuelto a casa? Dime, palurdo, que no te enteras de la misa la media. ¿Quién era ese hombre alto, rubio y apuesto, que la sujetaba por el brazo? Porque mi encantadora nuera llevaba una copita de más. Y su marido, el badanas de mi hijo, ¡en la inopia!, porque su Adoración –con retintín– es señora hecha y derecha; y sabe burlarse de él como ninguna. Y defiéndela otra vez delante de mí, y verás el soplamocos que te llevas, juanito, que no aprenderás nunca que hay mujeres a las que atar en corto, por mucho que hayan vivido en París.

–Madre, no consiento que hables de Dora en esos términos. Yo no sé dónde ha estado, porque desapareció del baile. Y si le han visto en compañía de un hombre, se tratará de algún conocido que le ha acompañado hasta aquí. No hay razón para montarse historias.

–¡Un berzucle, tengo por hijo! Pregúntale a doña Estefanía si no les ha visto pasar por debajo de su balcón a las ocho de la mañana, y nevando que no veas. Vas a contárselo a ella, que controla media ciudad desde el mirador de su casa.

–Bien, en cualquier caso, tendría que hablarlo con Dora. Y te pediría, mamá –por enésima vez–, que no me vinieses más con chismes de esa arpía que sólo busca hacer daño. Y si cuento con dificultades en mi

matrimonio –si existiese alguna diferencia entre nosotros–, soy yo, mamá, quien lo debe enmendar. Sé lo que me traigo entre manos, aunque aparente ignorarlo; o lo ignore por conveniencia. Anda, sube a casa y no lo cuentes por ahí. ¿Lo sabe mi padre?

–¿Él...? Ya quisiera yo; no me hace caso alguno. Sabes que esa mujer tuya le entró por el ojo derecho el primer día, y la quiere más que a todos nosotros. Qué error cometiste, mi Jandro, trayéndola a casa. Y no será porque no te advertí...

–Mamá, dejémoslo. Di a papá que prepare las viandas, y entretén a Noemí, si se ha despertado. A ver si me dejan dormir un rato.

Doña Lute se levantó de la silla –no muy de su agrado–, y atravesó el recibidor para dirigirse a la puerta principal, donde se dio la media vuelta y, obedeciendo a un ritual que ella misma se había impuesto en las relaciones con el hijo después de casarse, cogió su frente entre las manos y le depositó un beso.

–Vamos, mamá, esto es ridículo –se quejó Alejandro.

La madre repitió. Esta vez, tomándolo por las mejillas para decirle:

–Dios mío, dios mío, con las esperanzas que yo puse en ti, mi hijo, y que nos salgan las cosas tan mal, ¡en los asuntos más simples!

III

Alberico, una vez que dejó a Dora en casa, desanduvo el camino que habían hecho desde aquel rincón del paseo de la Isla que tanto significaba para ella. Quería continuar con la ruta que se había trazado, y que abandonó al encontrarse con aquella misteriosa mujer.

Dejó a un lado las Damas Negras, y llegó a la glorieta de Castilla, y desde allí tomó la calle de Barrantes. ¡Aún estaba en pie el huerto de las Salesas! Elevó la mano en el aire para trazar una bendición que fi-

jase aquel espacio natural para que desafiara a los tiempos. Se detuvo ante la gigantesca secuoya que un jardinero imprevisor había situado, al plantarla, a dos pasos de la iglesia. Se santiguó ante ella y recordó los domingos que, en la niñez, había acudido a misa de doce, acompañado de los padres –Don Anastasio, descanse en paz– y los hermanos, Claudio y Carmina, a quienes vería más tarde en la celebración del Año Nuevo en la casa familiar.

El cielo parecía despejarse, pero unas nubes negras que apuntaban por el norte anunciaban nuevas nieves, que Alberico recibiría alborozado para que sumieran el paisaje en esa neblina gris perla que tanto admiraba en los paisajistas flamencos. Despidió con una palmada la magnífica secuoya de las Salesas, y doblando hacia los Cubos, siguió el camino que bordeaba las antiguas murallas para llegar, después de una empinadura, a la puerta de San Martín. Allí tomaría el camino del Castillo para pasar por delante de San Esteban, y descender después hasta San Nicolás, que miraba sobre el atrio de la catedral.

Dora volvía una y otra vez a su memoria. Apenas entendía lo que había sucedido una hora antes, y aunque era propósito suyo olvidar, no lograba desembarazarse de unas imágenes que le sobrevenían con impetuosidad.

La figura de aquella mujer le pareció entrañable, y sintió ganas de acariciarla en imagen. ¿Qué haría en aquellos momentos? Aparte de dormir, también pudiera haberse encontrado con el marido y haberle exigido éste cuentas de aquel paseito mañanero bajo la nieve. Vistos los tiempos, a lo mejor, se le había escapado la mano; ante lo que Alberico se reveló.

Fijó sobre las faldas del Castillo su imagen. Se resistía a reconocer en Dora una mujer bella, de una hermosura contenida, clásica, que podría rastrearse en los retratos renacentistas italianos. Daría una buena imagen –se dijo–, y pensó en la vieja cámara que conservaba en el estudio de la casa de su madre.

Pero, a pesar del apego sentimental que veía crecerle dentro —cuanto más se acaricia una imagen, más se clava en el alma—, se negaba a admitir enamorarse de ella. Había decidido, hacía tiempo, interponer entre sus sentimientos y los atractivos de la mujer el filtro del amor propio. De manera que, en cuanto se cruzaba con una mujer interesante, para no caer en la trampa de la alucinación, establecía, de inmediato, entre ellos la distancia necesaria para ver en aquellos ojos que le miraban con embeleso y expectación, la caricatura de un ser que podría perjudicarlo.

Sus experiencias sentimentales —y maritales, en dos casos— habían sido poco afortunadas; y, en las citas de rigor, desdichadas. Aquellas mujeres que él admiraba y trató de conquistar, lo habían abandonado por otros más sueltos y adaptados al medio borreguil —con las variantes “borriqueño” y “podencal”—; conceptos harto extraños y extravagantes, pero con los que él se entendía mejor de lo que quisiera.

Su primer matrimonio había sido un fracaso estrepitoso. Las desavenencias comenzaron a los seis meses, cuando su mujer encontró objeto máspreciado de amor en la hija que acababa de nacerles: fruto de un descuido, que asistió a la boda de los padres confundida entre las vísceras de aquella atractiva mujer que ahora le exigía obligaciones paternales, no contempladas en su fuero de artista; y que Crescencia misma había rubricado, debajo de un pino de Fuentes Blancas, el día en que le dio por encelarse de una compañera de Alberico, con la que éste tenía gran confianza, y que —intuición femenina— se convertiría en su segunda mujer. El marido dejó por sentado —antes de saltar del lecho de púas— que él se dedicaría a su arte, comprometiéndose a aportar lo suficiente para que su mujer viviese a la altura exigible a los maridos de sus amigas.

El resto de los años, hasta completarse la friolera de dieciocho, se resumirían en un desencuentro sinfónico. Gritaba la madre; coreaba la hija; y replicaba el padre. Parecían unidos por la mala leche, que, en los últimos meses, había dado lugar a un relación biliosa, con breves perí-

odos de avenencia que se emplearon en determinar quién se quedaba con qué, y a quién correspondería pagar las deudas. Alberico se dejó sacar las entretelas por una mujer airada, a la que –reconocería más tarde– no faltaba, en algunas cosas, razón.

La mujer padecía de adicción a la hija, a la que no dejaba respirar, acusando al padre de los desórdenes de su conducta; que fueron muchos en la adolescencia, y que culminaron con la huida de casa, para no volver más. Victoria, era una herida que Alberico sobrellevaba con paciencia y resignación, y atisbos de esperanza. De un tiempo a esta parte, presa de la nostalgia, se encariñaba con la idea de una hija con la que compartir inquietudes, dudas, silencios; el amor de padre que, por fin, se había revelado en él.

Había llegado a la iglesia de San Nicolás, a cuyo pórtico se acogió para defenderse de la nieve que ahora, en forma de cellisca, le golpeaba sobre el rostro. La masa de la catedral, que tenía delante, se desvaneció detrás de una cortina harinosa que quisiera pulir sus aristas.

Evitaría a cualquier precio implicarse emocionalmente. No habría de repetir el error.

La relación marital que mantenía con la segunda esposa no mejoraba lo anterior. Reconocía las mismas carencias. Dudaba, incluso, existiese entre ellos el apego necesario para sobrellevar una vida de pequeñas cosas en la que los caprichos, descuidos, humores, inconsecuencias y terquedades del otro se toleran con dificultad.

El enamoramiento duró un suspiro. El amor dos. Y el afecto quedaba como rescoldo en el que encender la mirada cuando el otro –ella– volvía de un viaje y se encontraban en el aeropuerto. Era el único beso que parecía significar. Convivían por comodidad; con vidas paralelas, que coincidían en la cama para dormir sueños equidistantes, a su vez, en marcha veloz por una vía sin cambios de agujas. Alberico descubriría, al cabo del tiempo, que se podía querer y desear con el pensamiento en otra parte.

El silencio que envolvía a la catedral bajo el azote de la nieve se rasgó de repente para anunciar, a volteo de campana, la misa mayor. Era el momento de bajar las escaleras y penetrar en el templo. El Papamoscas le recibió con sus campanadas de malhumorada mecánica. Pasó a la nave central para sentarse y escuchar: iba a comenzar el oficio. El órgano rompió por tubos y trompetas para saludarle después de un año de ausencia. Una vez más, su mano se adelantó para bendecir aquel instante. De improviso, el organista hizo un quiebro para, en una frase conocida, felicitarle el año. Alberico se abandonó a la fruición del momento. Bajó los ojos; juntó las palmas de las manos; y se arrodilló en homenaje de un Dios que no entendía de salmodias de diácono, hermandades en el cordero, ni de cómo atajar los pecados del mundo.

IV

Una hora más tarde, Dora se despertaba con una horrible jaqueca. Había dormido mal; con agitación, presa de pesadillas que se sucedían una a otra con celeridad. Una tenaza le oprimía el cerebro, con la sensación, al cambiar de postura en la cama, de que aquellas imágenes turbulentas la golpeaban contra el cráneo.

Lo primero fue hacer memoria. Después, situarse en el medio familiar y repasar las obligaciones que la esperaban.

Ruth se había levantado. Lo advirtió por la música de flauta que llegaba desde su habitación. Alejandro seguiría durmiendo sobre el sofá. Sintió que algo la oprimía en el pecho. La imagen de Alberico le sobrevino de repente, y con ella la visión de cómo se había puesto en manos de un desconocido en condiciones lamentables; imposibles en ella. No quería prestarle atención. Se vistió y fue hacia el salón para despertar al marido.

Alejandro no dormía. Con el nudo de la corbata deshecho, fumaba tumbado sobre el sofá. Dora lo besó, y con una nube en los ojos le pidió perdón, no sabía por qué.

—Lo del cotillón, dejémoslo a un lado —añadió—. Madre de Dios, cómo tengo la cabeza. ¿Has conseguido dormir?

Alejandro dijo que sí, pero no era verdad. Durante aquella hora larga había repasado su vida matrimonial, y sentido compasión de sí mismo. Se veía entre una mujer joven, decidida, emprendedora; atractiva y simpática —casi en demasía—, y una madre que, a sus cincuenta años, lo tenía sujeto y tirando de las riendas.

No se entendía a sí mismo. Su carácter retraído, acomodaticio, parsimonioso y exacto en el cumplimiento de obligaciones y rutinas, no lo consideraba ligado a su persona, sino producto de una educación que su madre hubiese impreso sobre él. Reconocía, no obstante, limitaciones propias para la relación personal. Era poco hablador. Y no por ganas, sino por timidez. Consciente de no dominar las claves de la conversación, pensaba mucho las cosas, expresándolas tarde y mal —a toro pasado—, y fuera de tono y propósito. Los otros se le quedaban mirando mientras él se hundía en un silencio sepulcral.

La adolescencia la tenía marcada a fuego sobre la memoria. Fue entonces cuando le privaron del trato con las gentes de su edad, impidiéndole hacerse con los recursos del comportamiento en sociedad. Debía cumplir con una moralidad rigurosa y ser portador de hábitos, irrisorios a los ojos de sus compañeros de generación, los novedosos setenta.

Nunca fue de acampada; menos fumó; y menos aún hizo carantoñas a una chica —porque le rehuían—; y menos que menos supo qué era aquello de hacer el amor. Sin embargo, en la facultad despertó, pero tarde. Adquirió fama de buen chico, e hizo algunas conquistas: entre aquellas tan cortas como él; o aquellas otras que lo tomaban por paño de

lágrimas sobre el que llorar un revés amoroso. Pero que, una vez recuperadas, y hartas –al cabo– de tanta bondad, emprendían el vuelo al nido del pájaro de antes; o de otro, que las esperase con las mismas alas abiertas.

No tenía buena opinión de las mujeres. Ninguna se había prestado a conocerlo; y menos, darle una oportunidad para exhibir delante de ellas valores que él creía ligados a su personalidad, como: seriedad y respeto en las relaciones afectivas; equilibrio en sus criterios, opiniones y juicios; medida en las expresiones y gestos; y simpatía natural, aunque ésta necesitase de una copita para animarla.

Y saber escuchar. Como nadie, a su edad. De lo que estaba orgulloso, y se aprovechaban las mujeres, asombradas de encontrar un hombre paciente. Escuchaba con aguante de santo, ya se tratase de la señora de la limpieza del colegio mayor; de la panadera donde compraba los cruasanes que tanto le gustaban; o de una compañera cualquiera de facultad que se deshiciese en sus brazos para asegurarle que había sido traicionada, y que dónde se encontrarían chicos como él.

Es decir, físicamente no existía. Era un ente con oideras, al que no se le revolvían cosas, ni le subían los vapores de los higadillos para sin remilgo coger a una mujer entre los brazos y besarla porque sí. Llegaron al entendimiento de que estaba casado o era fraile; y con este sambenito se pasó los años de facultad: sin jalarse una rosca.

No es verdad. Porque, en un arranque de valentía, se hizo amigo de un veleta del colegio mayor, que le nombró su secretario, para asistirlo en las correrías amorosas: ya se tratase de los burdeles; de las casas de mujeres de fama mal afamada; o del piso de alguna compañera de estudios, respingona en sus afanes. Allí dejaba al amigo, a su albur, mientras él se tomaba cinco cafés en el bar de al lado; cuatro en el de más allá; y no menos de tres en el de enfrente. Lo suyo era el baile de tabernas porque, al segundo café que pedía en el mismo lugar, se le queda-

ban mirando; y viéndose con los ojos encima, no le quedaba otro remedio que cambiar de local para sucederle en el próximo más o menos lo mismo. Y así se pasaba las horas, una tras otra, hasta que el Jornet acabara con la molienda... o pusiera punto y aparte donde ha de ponerse en esas lides.

Dos veces mojó. Una, por segundas partes –su amigo se la pasó–; y otra, en el cuenco y salsa de una compañera de piso de aquella que el otro se estaba afanando sobre la cama turca de la sala. Aquello no era el amor. Por lo que se hizo un nudo en las aspiraciones a donjuán, y esperó a mejores tiempos: aquéllos en que se presentase ella; la única, que lo aguardaba en un lugar apartado, pero que –“collons!”, su amigo era catalán– ya se hacía desear.

Alejandro, al llegar a este punto, se sintió rejuvenecer. Pero las sombras de un matrimonio en el que se veía perdedor volvieron con su inmediatez. ¿Quién sería aquel individuo alto, rubio y apuesto –se le quedaron grabadas las palabras– que había traído a casa en los brazos a su mujer? Pensó preguntarle a Dora, y si era necesario, montar una escena –¡claro que lo haría!–, pero en el momento en que ella apareció en el salón, como si una losa cayese sobre su ánimo, desistió.

–Será necesario despabilarse –advirtió Dora–. Dentro de poco estarán tu hermana y sus hijos aquí, y yo tendré que buscar a la abuela.

–No te molestes, lo haré yo –se anticipó Alejandro, con una sonrisa forzada y una palmada cariñosa sobre el brazo.

No esperó un segundo. Fue a la habitación a cambiarse, cogió las llaves del coche, y salió por la puerta.

Dora se quedó perpleja ante el detalle de un marido que pensaba que cada cual debía encargarse de los suyos. No obstante, si ella se lo hubiera pedido, lo habría hecho con disposición.

Sintió compasión por él; y también desprecio, representándose los momentos en que Alejandro se creía tan a caballo de la relación de pareja que se permitía despreciarla –él no estaba en ese supuesto– con

esos afectos, hechos de advertencias curiles, zalamerías, humillaciones solapadas, que se emplean con un niño díscolo al que aleccionar; pero entre amores, paternal, porque “mi ratita sabe que así no se hacen las cosas...”, “Te quiero, cari, ¿me has comprado el tabaco?”

Tales advertencias y cariños a Dora la estomagaban, pensando que tenía un marido poco menos que idiota, ¿dónde habría feriado ella una cosa tan zopenca? Era una larga historia que no quería repetirse. Contaba con otras urgencias. La más importante, explicarse qué había sucedido unas horas antes, y el papel que había jugado en aquella aventura, porque no se identificaba con la mujer que se aprovechaba de un hombre de paso para montarse un melodrama deleznable; del peor estilo. “¿Qué habrá pensado de mí?, ¿que soy una buscona, que asalto a los hombres con mi sonrisa de putilla –no escatimó en términos– para pedirles que jueguen conmigo al amor?” Se odió. No por el ridículo que había hecho –y ello se podría olvidar, al tratarse de un desconocido–, sino porque aquel hombre, Alberico –y sintió una punzada de emoción en el pecho–, era la representación del amado con el que había soñado tantas veces. “No querrá saber de mí, estoy segura; me habrá tomado por una cretina que cubre con la desvergüenza las miserias de un matrimonio fracasado.” Y se tiró sin consideración alguna de los pelos.

Se hizo un rayo de luz. Al menos, cabría disculparse –“¡Dios mío, dónde está el teléfono, que me da un mal!”–, y corrió a la habitación. Lo encontró. Aquella prueba de honestidad ante sí misma la calmaría. Comprendió que no quisiera saber de ella, pero el gesto de dejarle constancia de que, detrás de aquella perdida, se escondía el rostro de una mujer capaz de reconocer sus desatinos, y de expresarlo con despego y ecuanimidad, la llenó por un momento de orgullo. Lo haría. Y como estaba segura de que él, Alberico –“Al-be-ri-co”; se repitió, comenzaba a gustarle–, era un hombre de buen corazón –se lo había demostrado–, a lo mejor –“¡Dios mío, hazlo!”–, entendería que una mujer no pedía perdón porque sí. Recordó que habían quedado en verse; pero fue ella quien

lo propuso, y él lo había aceptado con indiferencia, quizás por cumplir. Sintió que le quería con toda su alma, que no podría vivir en adelante sin él.

La llave que accionaba la cerradura de la puerta principal le arrancó del ensueño para devolverla a la realidad.

V

El presbítero que oficiaba la misa se dio la media vuelta para despedir a los hermanos en Cristo. Les bendijo, y elevando las palmas hacia lo alto, entonó un “Eamus in pace!” que paladeó como licencia litúrgica que concederse a sus años, harto de celebrar en lengua romance.

El órgano acometió con fuerza para llenar el crucero y las bóvedas de las capillas laterales con un torrente de sonidos lípidos de trompetería que, en los graves, recogían los sonidos sordos sobre los que mecerse. El humo de las velas tembló, y una pieza suelta de vidriera de las ventanas del cimborrio cayó haciéndose añicos. Los pájaros, que habían asistido al oficio sobre la nieve que cubría el lucernario del crucero, salieron despavoridos; y una polilla de carcoma, que sacaba en ese momento por el diminuto ojo de buey de su agujero en el sitial del coro la partida de serrín de la noche fin de año, corrió aterrada en busca de su carcomo y los siete carcomitos, que se encargarían en unos meses de vaciar el pedestal.

—¡Anda, sube al coro y di a Matute que pare! Se ha vuelto loco. ¡Habrás visto estruendo!

El monaguillo salió zingando, mientras el oficiante comentaba divertido entre dientes: “¡Vaya, ni que hubiera guipado una chorba en la misa!” Advirtió que alguien permanecía sentado en los bancos. “¿Y ese pasmarote? Habrá venido a despabilar la borrachera, ¡que le veo plantarnos la pava!”

El gobernador de las teclas celestiales no se detuvo porque aún le quedaba retomar el tema principal para bordar el tiento que quería ofrecer a Alberico, que lo escuchaba absorto en un mundo majestuoso de sonos.

De pronto, calló la música y los últimos trémolos se perdieron en forma de eco. Matías cerró la tapa del teclado con un golpe recio y bajó a saludar a Alberico. Se dieron la mano y un fuerte abrazo.

—Aún sigues vivo, perillán, qué poco te dejas ver, ni que te hubiera engullido el mar de los vascos.

—Ya ves, obligaciones, líos, el tiempo que no presta, y el calendario que agobia. ¿Contarás con un rato para el paseo de costumbre?

—¡Hombre, eso es cosa de agenda! Me decía esta mañana al entrar en la catedral: “¡Seguro que Alberico estará a las once, no puede faltar!”; y al ver que traspasabas las rejas de la nave central, me ha entrado tal alegrón que las manos se han puesto a danzar sobre las teclas como locas. Mi mejor amigo: una persona de esas que hay que buscar hoy con candil.

Matías era un hombre de otra época. Clérigo, de ancho corazón, y dueño de un lenguaje efusivo que desconcertaba por lo untuoso, parecía vivir fuera de la realidad de los mortales. Equilibrado, jovial, entusiasta, daba a entender que las miserias del mundo le pasasen de largo.

Salieron de la Santa Iglesia Catedral por la puerta del Sarmental y, atravesando la plaza que tenían delante, alcanzaron el Arco de Santa María, y después el paseo. ¡El Espolón estaba magnífico! Una gruesa capa de nieve cubría los ensortijados muñones de los plátanos; y los bustos de las estatuas, que parecían refunfuñar bajo aquellos extraños capirotes. Matías cerró el cuello de su anorak y se enfundó los guantes. Alberico adelantó la mano para bendecir la imagen que tenía ante los ojos, y entonó un “Te Deum”, que Matías secundó en una segunda voz.

Emprendieron la marcha.

–Bueno, ¿qué cuentas, cómo te va por los Bilbaos? ¿Qué pintas?
Alberico se encogió de hombros y esbozó una sonrisa.

–Ya sabes, lo de siempre, preparando una exposición. Pero háblame de ti, seguro que tienes cosas más interesantes –e hizo un gesto como si quisiera espantarse un pensamiento molesto de la frente.

–Las relaciones con tu mujer no marchan; lo barrunto...

–Hombre, ahí andan. Pero te diré que estoy en un punto en el que no conviene hacerse preguntas. Llevo una vida cómoda, pero ¿hasta cuándo? Hasta que aparezca un americano que se lleve a Garbiñe a su rancho de Tejas.

–No te veo optimista...

–En los matrimonios siempre hay uno que espera su oportunidad. El asunto está en que cuando llegue, merezca la pena. Y así muchos se pasan la vida: maridos y esposas devotas.

–Hombre, no comparto esa opinión tuya. Y te diré, porque te quiero, que hay mujeres que no andan en esos supuestos. Lo sé por experiencia, aunque cueste creértelo.

–En esto, Matías, cada caso es una historia. Existe la mujer tranquila, que sigue la vida al pie de la letra. Fue novia; es esposa; y será abuela, o tatarabuela –si llegase el caso–, sin salirse una línea del renglón. Y un día, a la señora le dará por quitarse de en medio, y desaparecerá porque sí. Pero existen otras que cogen los papeles; los estudian; y tendremos novias amoscadas; esposas moscas –o violentas–; y abuelas de vuelta.

Matías hizo un alto y tragó saliva. Adoptó una postura hierática y expresó con contundencia:

–Alberico, aquí donde me ves –y serás el primero en saberlo–, puedo estar enamorado; de una chiquita, aunque cueste creértelo y me cubra de vergüenza.

–Vamos, Matías, que los Inocentes pasaron.

–¡Y lo estoy, claro que lo estoy! ¿Y por qué no habría de estarlo?

–No, no, si de enamorarse es libre cualquiera; pero, a tu edad...

–¿Cuántos me echas?

–Hombre, que yo sepa, tienes cincuenta y seis, cumplidos en junio.

–¿Y aparento? –se estiró.

–Bueno, eso sí, te conservas con una frescura que para sí quisieran muchos de treinta: aún tienes cutis de niño. Pero cuenta; a lo mejor, me cambias los esquemas.

–Te contaré. Y no te rías, que lo temo.

–No, no, te escucho. De verdad, pienso creérmelo.

–¡Hum! Sabes que además de organista, y organero, cuento con parroquia. Viene un día una chiquita, de unos treinta y tantos –oye, ¿no haremos mal cuadro?–, y me pide que intervenga en su matrimonio porque el marido la está maltratando. No con la mano, ni la escoba, sino con la lengua: presión psicológica; que debe de decirse. Y no le llama cosas, ni se las da a entender –que es peor muchas veces–, sino que... –se detuvo–. Oye, por qué no quedamos otro día y te cuento despacio. Tengo la boina empapada de nieve. Y así nos damos el gustazo, también, de un concierto a iglesia cerrada.

–¿Pero, de verdad, Matías, esa chiquita –como tú dices– te ha reuelto cosas dentro?

–¡Y tanto!, que no salgo de asombros. A mi edad, la verdad, me veo un poco raro; y más... –y el de arriba me absuelva–, siendo que soy... bueno, mis votos. Pero en esto, si llegase a enamorarme, haré lo que me dicte la conciencia y, en ese caso, no habrá... –ejem...– amén que se oponga. ¿Qué, nos tomamos un chocolatito con churros? Y pagarás tú, porque yo nunca llevo dinero encima. En adelante, no me quedará otro remedio, como buen...

–...Enamorado.

–Eso. ¿No es una palabra hermosa? En-amor-ado... “Polvo enamorado”, que decía el poeta. ¿Qué otra cosa es el existir? Polvo que late: cenizas que aviva el viento una tarde de otoño.

Llegaron a la altura de la tienda de efectos religiosos “A la Villa de Madrid.” Alberico adelantó los dedos índice y medio para bendecir lo que tenía delante. Comentó: “Aún el altísimo nos conserva bellezas como estos nombres.” Doblaron la esquina y entraron en el café Victoria para admirar la cafetera. No tenían chocolate ni churros, por lo que, en buena hermandad, se tomaron dos carajillos. La nieve, afuera, parecía aconsejarlo.

VI

La llave que accionaba la cerradura de la puerta de entrada se había convertido en una pesadilla para Dora. En cualquier momento podía presentarse la suegra. Eso sí, avisaba de que iba a bajar. Pero si sabía –o presentía, sin otra consideración– que no se encontraban en casa el padre ni la madre, aunque lo hiciesen las hijas –y Lía tenía veinte años–, entraba como en casa propia; que lo era. Una vez dentro, recorría las habitaciones para ver quién pudiera encontrarse, y la emprendía con alguna labor: hacer las camas, airear las habitaciones, poner la lavadora; y en algunas ocasiones –contadas– cogía la plancha.

La puerta se abrió y aparecieron en el umbral por este orden: la suegra Eleuteria, su hija Noemí, y el suegro –Victorino–, que apartó a su mujer para llegar hasta Dora.

–Buenos días, cariño. Feliz año. ¿Cómo te encuentras?

–¡Bien! –aseguró su mujer, por su cuenta. Y, mirando para otro lado, saludó a la nuera sarcástica:

–¿Cómo estás Adoración? Feliz año, querida –la besó–, y que entremos con buen pie; (con sorna) no me hago ilusiones.

–¡Mamá! –exclamó Noemí, plantándose delante con ojos de pilla.

–¡Mi preciosa! –la madre la estrechó entre los brazos. Se le nublaron los ojos. Se explicó:

–He dormido mal, y estoy un poco alterada.

–¡Y tanto! –aclaró zumbona la suegra, para proseguir–: ¿Alejandro? ¿Lo has mandado a algún recado?

–Dentro de poco estará aquí con la abuela. Se ha ofrecido a buscarla.

–¡Ah, tendremos, entonces, a comer a la Aldonza!

–¡Lute, te prohíbo que hables de doña Jovita en esos términos, sabes que me ofende como nada en el mundo!

–Pues, chico, ella misma se llama Dulcinea. Y no porque esté loca, hemos de privarla de ese placer.

–Bien, zanjemos la cuestión de una vez por todas. Si sigues refiriéndote a ella como la Aldonza, te llamaré en adelante Eleuteria la Brava, como hacía uno de tus novios.

–En resumidas cuentas, tendremos aquí a la de “un lugar de la Mancha.” Como vendrá mi amiga Estefanía –la he invitado porque la mujer no tiene a nadie; Dios nos bendiga (se santigua)–, ya se encargará ella de sacarla de imaginaciones, que deben de venir de familia... –a Dora, mordaz–: ¿No tuvisteis una loca de remate que se creía la emperatriz de Shin-Chin y andaba con las rodillas juntas?

–Bueno, bueno, creo que te estás pasando, y vas a darnos el día. Atiende a las niñas, y limpia el polvo de la mesa de escritorio de tu hijo, que se te da como nada.

Ruth se dejó ver por el pasillo.

–Oh, si está aquí mi secretaria, da un beso al abuelo. Y otro. Pero esta noche no has salido. Eso no me gusta. Eres joven y hay que buscarse alguien que te haga unas cosquillas.

Y con una carcajada, se las buscó a la nieta, que las tenía en las clavículas. Añadió con un guiño a la madre:

–Tú y yo, muchacha, vamos a la cocina a preparar la comida, y seguiremos con aquella conversación que se nos quedó a medias. ¿De qué hablábamos?

–De la educación de los niños.

–Eso. Tengo ideas nuevas que se me han ocurrido esta noche. Esto de la vejez y el dormir... Yo creo que, a nuestra edad, contamos con un sexto sentido que nos mantiene alerta. Nunca, como ahora, ha de aprovecharse el tiempo.

Y los dos se adentraron en la cocina.

Doña Lute, cuando el marido quería tratar con la nuera de asuntos de cerebro –de “cacumen”, les llamaba él–, les dejaba solos porque, si algo no había superado en los años de convivencia, era que Victorino pensara tanto, porque, aparte de volverse idiota –y estaba segura de que acabaría de la jícara–, era el camino más corto para convertirse en un inútil. “Quien mucho piensa, nada decide”, tenía por principio.

Se adentró en el despacho del hijo, y allí se entretuvo quitando el polvo una vez más a los objetos de escritorio de la mesa; que apenas utilizaba Alejandro, porque consumía el día, y alguna noche, en el bufete de abogado que había heredado –con la carpeta de clientes– de su tío Demetrio. “¡Ay, mi hermano –suspiró–, qué mala vida llevó con la furcia que le sacaba los cuartos para mantener a un querido; y ujier de la audiencia, que tiene narices!”

En la cocina, Dora y el suegro preparaban las fuentes de ensalada, porque, para Victorino –que fue médico de pueblo–, con el cordero lechal, nada que despistase a las glándulas: ensalada de lechuga con su sal gorda, vinagre de madre de vino, y aceite de primerísima molienda, turbio y con posos. Eso sí, lechugas, si las hubiera esquimales, también harían plato. Se admitía, así mismo, a los parientes próximos: los berros de

arroyuelo, los canónigos, y otras hierbas no agrias, que quedarían, no obstante, a la sombra de la soberana escarola de secano, recia, reina del mundo lechugil, “o ¿lechugueril?, ¿qué te gusta más Dora?” –y añadió con un golpecito sobre el brazo para referirse a algo conocido de ambos:

–A Lute no le hagas caso con sus cosas. Yo te conozco bien y sé que eres una mujer tan bien puesta que no se la merece mi hijo, por mucho que yo haya podido engendrarlo.

Dora replicó con un beso en la mejilla. Y si no se encontrase con las manos enfundadas en los guantes de cocina, lo habría redondeado con un abrazo, porque donde le llegó un suegro, encontró un padre; pensando, a veces, en la existencia de un Dios que, un año antes de casarse, le había arrebatado padre y madre en una sola partida.

Ruth apareció en la puerta de la cocina:

–¿Me dejáis que os lea un poema que he escrito esta mañana? Es sobre la nieve. Mirad, dice...

Blanca y triste flor que me contemplas,
cautiva de esperanza, y desolada.

Tú, que cuando los rayos del sol se abatan sobre ti,
me abandonarás, ¡oh amada!, penetra en mi morada
y cubre mi alma con tus pétalos danzarines.

Cólmame de amor,

amor de diosa,

tú, blanca espuma que has de disolverte,
inundando los rincones de mi alma...

–¡Huy, huy! Ese “alma” hay que cambiarlo; se repite –advirtió el abuelo.

–Bueno, “corazón”... “Inundando los rincones de mi corazón.”

Ruth prosiguió:

No te vayas, espera, déjame, al menos, contemplarte,
y mis ojos se disuelvan en tus ojos
para marchar contigo a los confines del mar,
a las nubes, los glaciares, las montañas...
Y así volver juntos para cubrir esos arbustos
y contemplar aquella ventana
desde la que el amor se disolvió en ti, pequeña,
dulce pétalo de nieve que así me llamas para unirme a ti
y emprender la marcha alada hacia las tormentas,
los torrentes, las fuentes...

Ruth se detuvo, dejando el tono en el aire, y observó:

–Sería interminable... ¿Sabéis quién habla?

–Hombre, está clarísimo, ¿verdad Dora? –replicó el abuelo con un guiño.

–Sí, un poema romántico. Ruth, hija mía, está bien que escribas cosas y yo te admiro por ello, pero, como dice el abuelo, sal un poco a la calle, ¿me entiendes? ¿Cómo vas a encontrar a ese hombre que te mira desde una ventana? Al menos, tendrás que pasar por debajo de ella.

–Eso es, sí señor. Anda guapa, pásame la sal, y acércame los berros. Dora, déjamelos a mí que conozco su punto.

En ese instante se oyó la puerta de entrada que se abría y supieron que se trataba de Alejandro con la abuela. Victorino salió a su encuentro con las vinajeras en una mano, y un puñado de berros en la otra.

–Feliz año, mi princesa –le dio un beso–. ¿Qué, por dónde anda hoy nuestro caballero?

–Pues ha salido a primera hora de una floresta, y no entiendo tanto madrugar en un día como éste. Además, llevan tres días con un corrusco de pan en la faltriquera, y entero todavía, que no hay quién lo entienda.

Hoy tampoco ha tenido ningún pensamiento para su princesa; que es como se refiere a mí, porque esto de Jovita no le cuadra en su imaginación, y así me lo expuso.

Dora felicitó el año nuevo a la abuela; y Ruth lo hizo con la bisabuela, en su caso. Quiso llevársela a su cuarto:

–Ven, abuela, a contarme en mi habitación y, de paso, te leo un poema que he escrito esta mañana.

Alejandro contemplaba la escena con el pensamiento en otra parte. Lute acudió desde el despacho acariciando con la bayeta un pisa-papeles de strass. Al ver a doña Jovita saludó:

–Buenas las tenga usted, Jovita. Qué tiempo más desagradable, ¿verdad? A ver si se va la mierda de esta nieve –y a Alejandro, que parecía no saber dónde estaba–: Hijo, qué serio te veo. Ve a la cocina y ponte un mandil, hoy hay trabajo para todos –y, con un cumplido, se despidió de la abuela–: Yo seguiré dándole al despacho, ¿verdad, Jovita? Qué buen aspecto tiene usted, ni una rosa se conserva tan fresca.

Y canturreando marchó por el pasillo. Ruth tomó a la abuela de la mano y se la llevó a su habitación. Alejandro, como había dispuesto la madre, se cambió y fue a ayudar en la cocina. Dijo al entrar:

–Dora, encárgate de la mesa mientras mi padre y yo acabamos con esto.

–¡Eso! Las mujeres, fuera de la cocina; que hartos siglos llevan dentro.

Dora se dirigió al comedor para disponer manteles, servilletas, vasos y platos. Le encantaba preparar la mesa los días importantes, o cuando les visitaban los amigos. Elegía el tono del mantel, la textura; el tipo de estampado, según hiciese contraste, o no, con los platos. Pero sus preferidos eran los manteles lisos, de lino o de hilo, con adamascados –en el caso–, o diminutos bordados en el centro y esquinas. Eligió uno verde-pistacho porque para ella, en aquellos momentos, significaba esperanza.

No lograba quitarse del pensamiento a Alberico. Y le contemplaba, no en términos animosos, sino tristes y desesperanzados. Pensaba que, enfadado con ella, se marchaba lejos para que no lo encontrara. Pensaba también que su mujer se habría presentado por sorpresa. O –quién sabe– algo hubiese sucedido para barrerlo de la faz de la tierra. Sintió un ahogo en el pecho.

Se miró por un instante en el espejo del comedor y advirtió que sus ojos se nublaban. Suspiró. Volvió a contemplarse, esta vez de perfil: “También tuvo que verme de este lado.” Echó para atrás un mechón que le caía sobre la frente. Se observó con ojos duros, despiadados. Se vio horrible, como alguien que no mereciese la pena. “Aquel rictus, Dios mío.” Se mordió los labios y esbozó una sonrisa. “Vaya, forzada, no me sale. ¿Qué imagen se habrá llevado de mí, me pregunto? Claro que aparento la edad; y más, y un artista que pinta desnudos tiene que contar con jovencitas preciosas.” Quiso buscarse otra sonrisa. “Nada, no hay arreglo.” En aquel instante se arrepintió de haberlo conocido. Buscó los platos Wedgwood y los cubiertos de plata. “Madre de Dios, si entrase alguien en el comedor y me viese con este aspecto...” Tarareó una canción. Volvió a mirarse en el espejo. Se vio mejor. Había que continuar con la labor. Sólo faltaban los centros de flores y las velas. Noemí apareció en la puerta del comedor:

–He visto por la ventana venir a los tíos. Chusma y Daniel tiran bolas a su padre.

–Gracias, hija –le respondió Dora con una caricia.

Noemí salió del salón, pero la madre la llamó. Al acercarse a ella, le dijo estrechándola entre los brazos:

–¿Verdad que quieres a mamá? Mamá es fea. Sin embargo tú, Noemí, mi pequeña, aunque creas lo contrario, y te lo he dicho cien veces, eres una niña –mujercita– preciosa. Y no lo digo porque sea tu madre –“¡vaya, qué bobada, esta tía loca!”–, sino porque a los hombres

les encantan chicas como tú. Ya viste papá si eligió bien, y todo el mundo dice que eres mi estampa. ¿Con qué chico sueñas?

–Mamá, qué pregunta, sabes que me encantan los rubios, altos –y esto te da asco–, con un piercing en la lengua. Me gustaría besárselo; bueno, comérselo.

–¡Huy, huy! Cómo me sale la muñeca. ¿Eres feliz?

La cogió de nuevo entre los brazos. Noemí luchó para zafarse.

–Mamá, déjame. Me tratas como una niña y hablas igual que en las películas.

–Anda, acércame los candelabros, y sonríeme, a ver.

Noemí dibujó en su rostro una sonrisa burlona.

–No está mal. Siempre te veré como mi niña: la tonta de mi niña preciosa.

Un timbrazo de seis golpes rítmicos advirtió de que los cuñados con sus hijos, Chusma y Daniel, estaban en la puerta. Dora fue a abrir, de no buena gana.

–Feliz año, Adoración –Catalina sabía que a su cuñada no le gustaba el nombre–. Qué colonia más fuerte te has puesto, hija, ¿poison?

–Felicidades Catalina –Dora sabía que a su cuñada tampoco le gustaba el suyo–. Se besaron.

–Feliz año –añadió, saludando al cuñado, al que encantaban sus besos. Nemesio le replicó con otro precipitado y torpe, y se fue a la cocina a saludar a los señores. Luego, lo hizo con la suegra, que estaba en el despacho del hijo, dirigiéndose después a la habitación de Ruth, donde sus hijos, Chusma y Daniel, habían entrado en tromba. Llegó en el momento justo en que Daniel encendía un petardo ante los ojos atónitos de las primas. Lo echó el guante:

–¡Da acá eso, sinvergüenza, chusquero; de dónde habrás salido tú! –y miró hacia el corredor por si le oyera su mujer.

Nemesio no era un hombre de conversación; se perdía de inmediato hacia donde hubieran marchado sus hijos, y allí aparentaba vigilarlos.

Chusma buscó la atención de la prima:

—¿Sabes Ruth? Un día viene un amigo y me dice que tenía un primo bombero, y yo le digo: “Pues te gano, porque yo cuento con una prima que escribe novelas, y cuando tenga veintitrés años, como tu primo, será famosa, ¡en el mundo entero!” ¡No te giba!

Doña Jovita se turbó al advertir que Ruth no la prestaba atención. Le estaba contando las tribulaciones de su caballero en aquella de los Batanes, y que no entendía cómo había escogido de compañía a ese Sancho, un mal bicho, que no hacía otra cosa que llevarle la contraria y ponerle nervioso.

Un nuevo timbrazo avisó de que alguien más llegaba. Victorino consultó el reloj.

—¡Ya huele, el cordero!

Y salió él mismo a buscarlo.

—Feliz año, chaval, toma esto —y echó mano del primer billete que encontró en la cartera—. Muchas gracias, y saluda a tus padres.

Cogió la fuente del asado, y advirtió que algo faltaba.

—¿La asadurilla, bribón?

—¡Huy! —replicó el chaval—, casi me la llevo.

Y le entregó una bolsa de plástico con lo que parecía una cazuelita de barro en el fondo.

—Dile a Josefa que dentro de unos días me tendrá en el mesón con unos amigos.

El chaval marchó escaleras abajo, y Victorino fue derecho a la cocina, donde el horno esperaba encendido para mantener el cordero en su punto.

Otro comensal, doña Estefanía, llamó al timbre con fuerza.

Eleuteria salió a buscarla. Se saludaron con besos sonoros y abrazos de dobles manos y, sin dilación, se dirigieron a la salita, donde les esperaba la vecindad, conocidos y por conocer, para desollarlos vivos. Nadie les prestó atención; era un asunto de comadres.

Alguien faltaba, sin embargo, que se hizo esperar un cuarto de hora más, cuando los nervios del abuelo estaban en punto de desquicie.

—¡Se nos perderá el cordero, qué te digo, por esa desgraciada, que nunca llega a la hora! ¡Yo le daba a comer host...!

—¡Padre! —le reprendió la hija que sabía mucho de esos vocablos.

En ese momento Lía abría la puerta principal.

—¡Buenos días a todos! —cantó con un meneo airoso del cuerpo, y añadió—: ¿Se come en esta casa? Traigo un hambre de can.

Dora salió a recibirla y, detrás, sus dos primos.

—¡Prima, prima, tenía petardos para explotar y me los ha quitado mi padre! ¿No tendrás por ahí más globos de agua?

A Lía le encantaba participar de las fechorías de los primos, aunque un minuto después no les prestara atención. Dora esperaba un beso de la hija mayor, que no tuvo lugar. Le replicó, por el contrario:

—Mamá, ¿por qué te quedas ahí pasmada, mirándome? ¿Acaso me ha crecido el culo?

Y se dio la media vuelta para dirigirse a la cocina. Saludó con un “hola” solfeado, y marchó a su habitación, ignorando a los demás.

Dora se quedó pensativa por un instante. Se sentía ridícula. Alberico pasó como una exhalación por su mente. Se dijo, sin pensarlo: “¡Si él viera esto! —y añadió con pesar—: El resultado de tantos desvelos. Anda, cría hijas.”

Lía era un renglón torcido en la familia. Despertó temprano a las rabetas del yo, al egoísmo, a la ignorancia de los demás, a la oposición

a la madre; y hasta al sexo, con espacios oscuros que Dora nunca se explicó. “¿Y qué ha de hacerlo una?” –concluyó.

Victorino llamó con el almirez:

–¡Todo el mundo a la mesa!

En segundos, los comensales estaban sentados. Victorino y la señora Lute, en los extremos –como presidentes de la familia–; Catalina y Nemesio en el centro, con sus fieras enfrente; Noemí al lado de los tíos; Ruth en el lado contrario –con la abuela a su vera–; y la señora Estefanía, en lo que restaba de mesa. Alejandro y Dora lo harían en la cabeza, frente por frente; y Lía, como de costumbre, junto al padre. Los más próximos a la cocina se encargarían de servir. De manera que Victorino, Alejandro y Dora salieron en busca de las ensaladas y el cordero.

Doña Estefanía, como más antigua, se otorgó el privilegio de bendecir la mesa. Rezó por los que se habían ido, los que habrían de irse, por los presentes y ausentes; no olvidando pedir al Creador –“Aboga por nosotros, Santo Cristo de las Llagas”– que les concediese salud para repetir el próximo año, con lo que se dio por invitada.

Dora, en el momento de bajar la cabeza y recogerse para seguir la plegaria, sintió, a su lado, la presencia de Alberico. Le pareció oírle respirar. Una conmoción extraña le atravesó el cuerpo y, en fracciones de segundo, había pedido al Cielo que aquello –aún no sabía qué– se hiciese realidad. “Este mismo año” –añadió, afirmándose, como si quisiera conjurar a las sombras.

Al levantar la mirada y ver a los presentes que volvían también a la realidad, tuvo la impresión de no conocerles: como si se encontrase entre extraños. Hubo de sacudirse la cabeza.

Victorino se puso en pie, hizo una inclinación de cabeza para recoger las palabras de doña Estefanía, y añadió solemne:

–Queridos... ¿Sabéis?... Que el Cielo se vaya a hacer puñetas; yo me aplico al cordero.

Y, sin demora, tomó los utensilios de trincar.

Lute no pudo contenerse:

–¡Trincha, trincha, hereje; buen ejemplo das a los nietos! ¡A comer!, porque tú ya tienes ganados los infiernos.

Catalina previno a los padres:

–¡No empecemos, no empecemos!

Alejandro aprovechó para comentar con el cuñado:

–Buen cordero, ¿eh, Mesio? Se deshace en la boca. De estos ya no quedan. Se acabaron los rebaños; dentro de poco, sintéticos, y con etiqueta de Aranda.

Nemesio, que se las había con un costillar, asintió con la boca llena:

–Hum-hum.

Lute creyó oportuno aclarar a su compañera de mesa:

–Si he reprendido a Victorino, es porque la próxima primavera Chusma y Daniel hacen la comunión. Vaya ejemplo que les da. Ten marido, hija –y dirigiéndose a la madre de los niños, le preguntó–: ¿Has pensado, Catalina, de qué van a ir?

–De payasos, como sigas llamándome por mi nombre.

Lute explicó a la invitada:

–Hija, ésta me ha salido falsa, da coces. Igualita que su padre, ¡será cruz!

–Pues yo creo que los niños deben ir de marineros –sustentó doña Estefanía, que quería echar un pulso a la amiga.

Lute, como propietaria de los nietos, se valió:

–Hija, calla, irán de almirantes.

–Yo les vestiría de la Legión –propuso el abuelo, con sarcasmo–. No he visto gente que lleve el uniforme con tanto aire.

–Irán de lo que a mí se me ponga en las congas –subrayó, explicativa la madre. Y añadió con un codazo al marido–: ¡Mesio! Ojo con el vino, que los análisis un día te tumban.

–Mujer, déjale beber hoy a gusto. ¿A que está divino este Ribera? –intervino el suegro, que aprovechó para echarse medio vaso al coletó.

Nemesio, que tocaba en ese instante la flauta de otro costillar, replicó en los términos más breves:

–Hum-hum.

–Noemí, hija, pasa los huesos al abuelo, porque estás dejando la carne –dijo Alejandro a la hija pequeña.

Y Noemí se levantó para llevar el plato al abuelo.

Lute comentó con Estefanía:

–Hija, este marido mío parece un roedor, como si pasáramos necesidad.

–¡La carne sabrosa es la del hueso, ahí está el manjar! Y no me como éstos –y Victorino mostró cuatro esqueletos de costillas relucientes– por respeto a los fabricantes de piensos; porque los perros ya: solomillo de conejo, en tabucos.

–Pues, yo... –intervino Daniel que vio ocasión de hacerse oír–. Pues yo, si fuese perro, me mearía sobre los sacos de pienso. Un día probé yo un tabuco de ésos y sabía a caca de paloma.

Rieron. No así la madre, que advirtió al hijo con la mano:

–¡Niño, no se habla de pis en la mesa! Y ¿cuándo has probado tú caca de paloma, eh? Expílicate, porque la señora Estefanía va a pensar que en casa comemos nidos de golondrina. A ver si, en vez de gastarte la propi en porquerías, te aplicas a la gallinaza que sale gratis, y te ahorras la paga –y convocó la ayuda del marido–: ¡Mesio, ponle en orden!

Y Nemesio, que roía un hueso de paletilla –como aconsejaba el suegro–, se quedó con él entre los dientes para liberar las manos y alcanzar, al otro lado de la mesa, a Daniel: objetivo del sopapo.

Lía rompió a aplaudir:

—¡Bien por mi primo, ele! Bien dicho, sí señor. Donde esté la caca de vaca que se quite la boñiga de burra.

Los abuelos desaprobaban de la conducta del yerno:

—¡Nemesio, hombre! Encima le das un cachete, con la sal que ha tenido.

Y la suegra, que tenía ojeriza al yerno, creyó conveniente añadir:

—Te he dicho, Nemesio —que parece que no lo entiendes—, que no pegues a los niños en la mesa. Les zurras después, y a la madre también, por no acertar a reírles las gracias.

Dora callaba. Observaba la escena. Lo del mamporro carecía de importancia. Le conmovía verlos reunidos allí: la abuela, las hijas, el suegro, los otros; faltaban sus tíos. Los contemplaba como si fuese a pintarlos: con ojos distantes, pero complacidos. ¿Estaba enseñando su gente a Alberico? Sus hijas, guapas y hermosas; adorables en los defectos. Lía, la casquivana, pero verdadera, de sinceridad extrema —sin pelos en la lengua—, aunque pareciera quererle sólo a sí misma. Se emocionó. Sentía ganas de llorar. La presencia de aquel hombre en la imaginación le hacía feliz, pero también la turbaba.

Un día, tal vez, tuviera que abandonar aquello que estaba contemplando. Se fijó en el marido. Lo vio empequeñecido, ruin, sin atributo que pudiera destacarse. Era duro admitir haberse equivocado; como otras. Pero contaba con la presencia, al menos, de un otro al que acudir; ¿o no? Desde pequeña se había visto junto a un hombre: ¿miedo a la soledad?; ¿dependencia de un otro que sentir ahí, en los pasillos, el lecho; en la casa misma, al girar la llave de la puerta y entrar? Sintió que la suegra y doña Estefanía la observaban. En aquel instante las odió. Habría que disimular. Se levantó para recoger los platos y sustituirlos por los del postre. Alejandro quiso ayudarla. El suegro se encargaría de los restos de la mesa.

Una vez limpia, se trajeron los postres. O el postre, porque para Victorino, en estas fechas, no existía otro que el turrón: el duro, de macheta y martillo; los molidos, el guirlache –que el llamaba de Esquilache–; y las concesiones al gusto de las señoras, las posibilidades de los dientes, o las preferencias de los niños: los crujientes, de frutas escarchadas, los pralinetes, que se deshacían en los dedos...

Para acompañarlos, se sirvieron vinos blancos secos.

Los niños, Chusma, Daniel y Noemí, poco después, y resumido el postre, abandonaban el comedor para dirigirse al salón y ver la tele, o el video “Titanes del Rencor”, que Noemí soportaba por encantarles a los primos.

Se sirvió el café, infusiones y tisanas, los licores: buen whisky –(“güisqui”; no se lo cree la Academia)–, y mejor brandy, porque la ley tenía bajo escrutinio a los ciudadanos que se atreviesen a llamarlo “coñá”.

–No sé de qué han de mosquearse los franceses –añadió Victorino, por su cuenta–, porque lo mismo que tenemos “coño” y “coña”, ¿por qué no hemos de tener “coñá”? ¿Quién ha de privarnos de poner una banderilla a la “a”, que quedaría de lo más hispano con la “ñ” por montera? “¡Ña, ña; por aquí!” –veo decir a los de allende las Alsasuas.

Él, mientras tanto, sostenía por el cuello una napoleona en la que se mecía un coñá de quince años.

Todos rieron la ocurrencia, menos su mujer que le obligó a sentarse y guardar compostura, como enseña del ható familiar.

Hasta Alejandro se animó. No se sentía bien. Apenas había cruzado dos palabras con Dora. Algo extraño parecía interponerse entre ellos. Deseaba que pasase aquel día. Mejor, que acabaran las fiestas y volviesen los días de cada día: la rutina en la que la vida parecía remansarse, y los sentimientos alterados someterse a las reglas del hábito. Observó cómo Dora callaba, con la mirada ausente, reconcentrada en sí

misma; y con breves descabeceos de la atención cuando advertía —eso creyó él ver— que los demás exigían su atención, o pudieran observarla. Por tres veces le había oído hablar en tono forzado, como buscado a propósito para cubrir las apariencias de que ella era la de todos los días: Dora, la que sabía estar como nadie, aun en las situaciones tensas y difíciles. Varias veces habían cruzado miradas fugaces, obligadas, con los ojos velados por una tristura indefinida; como si el resorte de las sonrisas no les respondiese, o tuviera que hacerlo con retazos apañados en el cajón de la memoria.

Alejandro advirtió que, a veces, Dora le observaba con ojos fijos, duros; implacables, tal vez. No sabía adónde mirar, y parecía que las manos, el cuello, las piernas por debajo, se le descompasasen, con el temor de hacer algún movimiento extraño que delatara la zozobra. Sintió compasión de sí mismo, porque, en momentos como aquellos, dos personas, tratando de ser ellas mismas, se medían en fuerzas. Se veía perdedor —como lo hiciera unas horas antes—, por lo que acudió en demanda de fuerzas a su sentido de la honradez y de la honestidad, que estarían dispuestas a echar una mano a un hombre desvalido, que había cometido no sabía qué desaciertos; sin duda, uno de ellos —y el más sangrante—, el haberse encontrado con aquella mujer a la que, en ese instante, adoraba: “Dora, Dora.”

La señora Estefanía, que registraba los archivos de sus animosidades, tribulaciones de las penas ajenas, y regodeos propios, vio llegado el momento de introducir seriedad en la mesa. Extrajo ficha.

Se dirigió a la madre de los niños:

—¿Sabes, Cata, que a tu amiga Consuelo el marido la está poniendo los cuernos? Que yo te diga. Y conozco a la otra. Así que, si quieres, te doy el nombre, y que lo arreglen entre ellas. Hija, me da pena por la pobre mujer, que es un pedazo de pan. Y que el marido le haya salido rana, un descastado, ¡un vaina!

–Mesio, toma nota, por si un día se te ocurre. Doña Estefanía estará debajo de la cama.

Lute no desaprovechó la ocasión para apostillar:

–La verdad, Estefanía, es que ellos siempre han sido los mismos; salvando lo presente, que, ¡a saber!, pero ya dos pitos me importa. Digo que lo peor es que la peste les ha llegado a ellas. Han hecho rasa de principios, reglas y hormas; se han levantado el sambenito y, ¡hala, abierta la veda! Ya no quedan cuerpos que santificar –¡magdalenas, todas!–, y si al menos les llegara el momento de la contrición... como a aquella perdida... ¿Acabó santa?

–No lo sé de seguras, hija. No repaso el santoral desde que se me fue aquél; temo encontrármelo en la lista, al buen tuntún, y no me recuperaría del susto. Velas, sí le pongo; pero, hija, con esto de la crisis de la religión, se han puesto por las nubes. Una velita de acompañar al Santísimo sale lo que antes un cirio de velatorio.

–Sea lo que sea, hoy no hay vergüenza; y las casadas, las peores, para qué vamos a engañarnos.

Se hizo un silencio.

Dora se sonrojó; Alejandro también; y se miraron el uno al otro sin entender la razón de cada cual. Sí entrevieron que aquella conversación llevaba mal camino, por lo que –y en esto parecieron de acuerdo– había que resumir la comida para pasar al salón y visionar un año más “Mujercitas”, que encantaba a la abuela; enternecía a Dora; aburría al marido; y era panal de miel para Ruth, que se identificaba, sin menoscabo de admiración, con Jo. El abuelo, mientras tanto, dormiría la siesta.

Pero fue la abuela Jovita quien cambió el rumbo de las cosas. Sacó un papel arrugado del bolsillo, se instaló los lentes, y sin dirigirse a nadie, ni pedir la atención de los presentes, comenzó:

–Quiero leer una carta de mi caballero.

Se miraron los unos a los otros. No hubo tiempo de reaccionar. Entonó de inmediato:

–“¡Oh tú, dueña de mis pensamientos, princesa altiva que así me desdeñas!” –y aseguró, mirando por encima de los lentes–: “¡Y yo no le he hecho nada!” “¡Pobrecito!” –comentó, para continuar–: “Aquí yazgo al pie de estas peñas, cuitado de mí...” –y añadió, encogiéndose de hombros–: “¡Y qué voy a hacerle yo si no sé llegar hasta allí, y peñas hay cientos!” –prosiguió–: “Gracias, amada, por las galletas que enviaste, Sancho ha dado la mejor cuenta de ellas; porque lo mío, ya sabes, son asperezas de cuerpo y boca: altramuces y algarrobas, frijoles secos, que me tienen danzando las tripas las más de las noches...”

Todos la miraban conteniendo la risa. Fue Lute quien cortó la misiva a la señora:

–Basta ya, Jovita, cuando le escribas le mandas recuerdos míos; y de Estefanía también, ¿verdad querida?

Estefanía asintió entornando los ojos, cargados de pesadumbre. Victorino intervino en favor de Jovita:

–Lute, por Dios, deja seguir a la buena señora.

–¡No me da la gana! –respondió cortante.

–Perdóname, querida, pero eso no son modales.

–¡Bueno, esto se pone interesante! –comentó Lía.

Catalina hizo causa con la madre:

–¡Tiene toda la razón! No tenemos por qué aguantar chorradas.

El padre rugió:

–¿Calla, para eso te han dado estudios, iletrada?

Nemesio miró a su mujer, circunflejo.

Dora, desconcertada, buscó la mirada de Alejandro. Éste se levantó y pidió silencio.

–Bien, voy a contar un chiste. ¿Sabéis qué dijo un secretario al juez en una causa de sordos? Oye, Tobías, corta, porque no vas a convencerles de que de nada sirve chillarse.

Nadie cogió el chiste; si lo había, porque la poca gracia con que Alejandro los contaba hacía que se le desmoronasen antes del efecto final, al temer que no fueran a reírse los.

Lía se levantó. No había acertado a colocar hasta ahora lo que quería decirles:

–Pues allá voy yo con otro. He roto con el idiota de mi novio, me tenía harta. Y mañana me marcho a vivir con mi amante. Es casada, tiene dos hijos, médica de profesión, y llevamos un mes de relaciones. Ahí queda para información de la familia.

Y, sin más, se sentó.

A Dora, en aquel instante, se le aclararon cosas. Se levantó, dirigiéndose a la hija:

–Lía, está bien que nos lo digas; pero no es momento para sacar estas cosas. La señora Estefanía podría molestarse.

Su tía Catalina se levantó como por un resorte. Fue donde Lía y le dio un sopapo, añadiendo:

–Como madrina tuya no necesito explicarme. No se plantan estas cosas aquí, mariconas.

Se hizo un silencio sepulcral.

Lía bajó la cabeza; para levantarla y mirar a los presentes como si no hubiera pasado nada. Añadió en un tono tenso y firme:

–Ya conocéis a mi tía. Muchas gracias, Catalina.

Se levantó de la mesa y desapareció.

Ruth saltó del asiento y fue tras ella.

Dora no podía moverse del sitio. Alejandro tampoco. Nemesio creyó obligado abrir la boca para disculpar a su mujer, que estaba al quite. No le dio tiempo de enderezar el cuerpo.

—Y tú di algo, porque te cruzo la cara, gilipollas.

Al punto, todos se levantaron. Dora acudió donde las hijas. Y la cuñada, por una vez, admitió haber actuado sin miramientos. Pidió disculpas a la sobrina, con ternuras y entendimientos increíbles en ella. Pero recibir un sopapo a los veinte años delante de la familia sin razón aparente, marca a la persona; y esto hizo que de aquel día en adelante no se dirigiesen la palabra.

Después de aquello, no quedaron ganas para mayor solaz, por lo que, al poco, se despidieron. Alejandro devolvería la abuela a casa. Dora se retiró a su habitación, se inclinó sobre la cama, y dejándose caer sobre ella, se hundió en un baño de lágrimas.

VII

Alberico y Matías habían dado tres vueltas largas al paseo del Espolón, cuando oyeron en el reloj del Salón de Recreo las dos de la tarde. Se dieron el parte de salud de las respectivas familias; determinaron cuándo tendría lugar el concierto de órgano a “iglesia cerrada” —tres días más tarde, en San Lesmes—; y partieron hacia sus casas para celebrar el Año Nuevo.

Había dejado de nevar. Un aire cortante, de puntas de zafiro, hería los rostros, arrastrando tras de sí las partículas de cristal que quedaban suspendidas después de los últimos copos. Los objetos adquirían un relieve ofensivo, que hería a la vista. La catedral, allá, al fondo, lucía la desnudez de sus piedras grises; de cartón-piedra, en la limpidez de las aristas y formas. La nieve que cubría los tejados adquirió una solidez salina, y de los terminales pilosos de sus fibras de vidrio, el sol —un sol obscuro, sobre un cielo cobalto— arrancaba irisaciones turquesa y esmeralda que cegaban, con sus brillos, los ojos del caminante ocioso; curioso, de contemplar bellezas tan nimias.